



CHIN LIN Y EL ÁRBOL DE CIRUELO

Por Ada Albrecht

Chin-Lin, discípulo de un discípulo del sabio Confucio, había hecho de un árbol de ciruelo, su guía y maestro. A menudo, llevaba a sus amigos a admirar las ramas cargadas de frutos durante el verano, y un poco antes, todavía casi en el invierno, a observar el nacimiento de sus flores blancas, tan poderosas en su fragilidad, que eran capaces de desafiar el frío todavía imperante. Chin-Lin se maravillaba de ello, y así se decía:

—Si hago como este ciruelo, si logro el don de la imperturbabilidad ante los sucesos prósperos o adversos, seguramente lograré mi cometido, y seré uno con mi Padre Celeste, Emperador del Universo.

Chin-Lin se jactaba de haber descubierto la Suprema Verdad que se escondía en el cofre del mundo, y ésta era, que la Esencia de Dios se halla en todas Sus criaturas.

—Si miro mucho mi árbol de ciruelo —se decía— seré consciente de la Esencia que mora en mí, como lo es mi árbol que no desfallece ni se debilita ante la presencia del frío de enero.

Sin embargo, aunque Chin-Lin hablaba mucho de las alturas espirituales, era muy poco lo que hacía por dejar atrás las laderas y alcanzar la cumbre de la cual tanto hablaba. En realidad, era constante en una sola cosa: las visitas periódicas a su árbol de ciruelo.

Así, el tiempo fue pasando, y un día, el árbol murió, y Chin-Lin se quedó sin maestro.

—No es posible —dijo llorando—, no es posible que mi maestro el ciruelo me haya abandonado. ¿De quién aprenderé al arte de la nobleza? ¿De quién, a ser firme y constante?

Por primera vez, en mucho tiempo, al alma de Chin-Lin le visitó la Divina Inteligencia que mora en el silencio. Así fue cómo pudo oír sin oír, ver sin ver, y saber sin saber —ya que oír, ver y saber son cosas muy humanas—, en fin, así fue cómo escuchó una voz que le decía desde su interior:

—La Esencia que venías a buscar en tu árbol de ciruelo se ha despertado ahora en ti. Nunca abandones la visión Mía dentro de tu corazón para tratar de hallarla en otras criaturas. Todo mi cielo se halla en ti, y para que lo veas, sólo basta con que despiertes y abras tus ojos divinos. Lee con ellos lo que debes leer, y al final de tu vida, habrás conseguido ser tan sabio como mi hijo, tu amado árbol de ciruelo.

Nunca más Chin-Lin abandonó sus Textos Sagrados, y puesto que había aprendido a leerlos con los ojos de su corazón, halló en ellos un bosque infinito de árboles de ciruelos que, con las letras de sus pétalos blancos, le mostraban el Camino de la Sabiduría. Fue así que, siendo anciano, tuvo un sueño con el amado árbol de ciruelo de su juventud, y éste le decía:

—Mucho me amaste, Chin-Lin, y sin embargo no comprendiste, en aquel tiempo, que el origen de mis flores y frutos se hallaban en la sabiduría de mis raíces. Yo sujetaba con todas mis fuerzas tronco y ramas en mi Madre Tierra. Tú, con el tiempo, has aprendido también a aferrarte, con todas tus fuerzas, a las sagradas raíces de la Esencia Divina. Eres perfecto ahora, y estás lleno de luz. Derrámala sobre tus semejantes, como hace el agua de la vertiente, que entrega su sangre cristalina para que el corazón de la vida siga latiendo hecho flores en los jardines del inegoísmo.

Y Chin-Lin se tornó un Gran Maestro. Cuando él también abandonó el mundo, en algún lugar del paraíso, trémula y agradecida su alma, seguramente honró al espíritu de su árbol de ciruelo por haberlo conducido con su vida y su doloroso adiós al Reino del Señor.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura